

infantil virgen que al amor despierta,
 en tus suspiros armoniosos, tristes
 como su corazón, que los engendra,
 y cual su dulce voz, halagadores
 y penetrantes? Sorprenderse dejan
 la lágrima que asoma, y el relámpago
 de la pupila; en el misterio queda
 lo demás para el mundo, cual los ecos
 de la noche, las olas y las selvas.

Estábamos los dos juntos y á solas.
 Miré á Lucia. Triste y plañidera,
 la romanza aún vibraba, estremeciendo
 nuestras entrañas. La gentil cabeza
 sobre mis hombros apoyó. ¿Sentías,
 pobre niña, el gemido de Desdémona
 dentro del tierno corazón? Llorabas.
 Triste dejaste que en tu boca ingenua
 se posaran mis labios. ¡Fué mi beso
 un beso dado á tu dolor! Serena
 lo recibiste tú. Pálida y fría,
 como yo te abracé la noche aquella,
 poco después lleváronte á la tumba;
 pálida, fría, marchitada y yerta,
 ¡oh, mi casto capullo! Una sonrisa,
 tan dulce cual tu efímera existencia,
 fué tu plácida muerte, y en la cuna
 á Dios fuiste devuelta!

.....

Un sauce en el cementerio
 plantaréis cuando yo muera.
 Es su lloroso follaje
 simpático á mi tristeza,
 y á mi sepultura humilde
 será su sombra ligera.



RECUERDO

Imaginé que lloraría, y lloro;
 pero no suíro cual pensaba, al verte,
 tumba ignorada del que fiel adoro
 tenaz recuerdo de mi aciaga suerte.

¡Oh! Por mí no tembléis, amigos míos,
 ni cariñosos detengáis mi planta,
 cuando en busca de viejos desvarios
 vengo á esta soledad para mí santa.

Hedlos allí, los florecientes prados,
 el verde soto, el escondido valle,
 las rocas, los senderos perfumados,
 donde mi brazo encadenó su talle.

Hedlos allí, los ásperos abetos,
 alzando como ayer ramas sombrías,
 amigos siempre fieles y discretos,
 cuyo rumor meció mis alegrías.

Aquí, como tropel de ruisiñores,
 toda mi juventud canta á mi paso.
 ¡Oh nido embriagador de mis amores!
 ¿Me aguardas aún, ó me olvidaste acaso?

Dejad correr las lágrimas tranquilas
 que al alma arranca el renaciente anhelo;
 dejad que hoy en mis áridas pupilas
 el pasado feliz tienda ese velo.

No temáis, no, que sollozando vuelva
 á lamentar perdidas dicha y calma;
 con fiera majestad brilla esta selva,
 y con orgullo igual alienta mi alma.

Quien se prosterna ante sepulcro frío
 llore infeliz y á su dolor sucumba;
 aquí late la vida en torno mio
 y no crecen las flores de la tumba.

La luna, envuelta en vaporosa nube,
 triste asoma en remota lontananza;
 mas pronto al cielo despejado sube,
 y su puro fulgor serena lanza.

A su luz, en el suelo humedecido,
 brota el aroma que perfuma el viento;
 así, dulce también, mi amor perdido
 surgir del corazón otra vez siento.

Pasaron las congojas de mi vida;
 pasó cuanto turbaba mi reposo;
 y hoy, en tu seno, soledad querida,
 niño de nuevo soy, y soy dichoso.

¡Condición del vivir afortunada!
 Llévase el tiempo lágrimas y angustias;
 mas de la muerta juventud se apiada,
 y no quiere arrancar sus flores mustias.

¡Bendígote, virtud consoladora!
 Nunca pensé que tanto me doliera
 la horrible herida al recibirla, y ahora
 la cicatriz tan deliciosa fuera.

Lejos de mí, las que á fingir no acierto
 fúnebres frases de vulgar sentido,
 luto insulso, que dan á un amor muerto
 los que nunca han amado ni han sufrido.

Dante, en los duelos recordar venturas
 es la aficción mayor; tú lo pretendes.
 ¿Quién te ha inspirado esas palabras duras
 con que al dolor y á la desgracia ofendes?

¿Es menos cierto que la luz existe
 porque la oculte la nocturna sombra?
 ¿Y eres tú, genial vate, de alma triste,
 quien dijo la blasfemia que me asombra?

No fué, no fué tu corazón profundo
 quien te inspiró doctrina tan severa;
 un recuerdo dichoso, en este mundo
 es la felicidad más verdadera.

El desgraciado, en la ceniza ardiente
 de la dulce ilusión que le halagaba,
 ve una chispa brillar resplandeciente,
 y los ojos ansioso en ella clava.

En aquellos reflejos del pasado
 abisma el alma con tenaz porfía;
 ¿y tú le dices cruel que se ha engañado,
 y que es nuevo tormento su alegría?

¿Y á tu dulce *Francesca*, ángel de gloria,
 dictaste esas palabras del infierno,
 á ella, que por contar su amarga historia,
 tiene que interrumpir un beso eterno?

¿Qué vale, oh Dios, el pensamiento humano,
 qué vale la verdad, siempre encubierta,
 si no hay ni bien ni mal, seguro ó vano,
 de que no dude la razón incierta?

Loca la humanidad, sonrie, canta,
 marcha al azar con paso indiferente,
 ajena al lodo que manchó su planta,
 ajena al astro que alumbró su frente.

Mas si ofrece á sus ojos el destino
 fatal memoria del amor pasado,
 le duele tropezar en su camino
 con el escollo aquel inesperado.

Y se queja del mundo y de la vida,
 y levanta los brazos suplicante,
 porque aquella ilusión, vana y mentida,
 duró, no más, un fugitivo instante.

¡Insensatos! Si el alma prisionera
rompió la cárcel y logró su anhelo,
fué aquel instante vuestra vida entera;
no lloréis, no, su presuroso vuelo.

Llorad la lucha estéril á que os lanza
vulgar afán; los días sin aurora,
las noches sin consuelo ni esperanza;
¡alli tenéis la nada espantadora!

¿Qué valen vuestras áridas doctrinas?
¿Para qué los inútiles lamentos,
que vuestro corazón, envuelto en ruinas,
da sin cesar á los mudables vientos?

Todo pasa y se va cual humo vano;
sueño es la vida, y lo que más enoja
es que apenas la flor brilló en la mano,
viene un soplo traidor y la deshoja.

Cuando los primitivos pobladores
de nuestro mundo, por la vez primera,
los juramentos y ósculos de amores
cambiaron en su hermosa primavera,

Al árbol que su frente cobijaba
hojas y flores le arrancaba el viento,
y el tiempo destructor resquebrajaba
la dura roca que les diera asiento.

Tomaron por testigos los amantes
á los cielos, ya claros, ya sombríos,
y á los astros, que hoy ruedan rutilantes,
y mañana quizás negros y fríos.

Todo á su alrededor, todo moria,
la flor, el ave, el heno de los prados,
el agotado manantial que un día
reflejó sus semblantes olvidados,

Y embebecidos en deliquio tierno
entre tantos despojos de la suerte,
pensaban escapar al Sér eterno
que presencia impasible vida y muerte.

«¡Locos!» exclama el sabio, y el poeta
«¡felices!» ¿Vuestro amor es tan medroso
que la voz del torrente así lo inquieta,
y le roban los vientos el reposo?

Vi caer en el mundo algo más grave
que hojas de árbol y pétalos de flores;
vi perderse algo más que aroma suave
de rosas y trinar de ruisñores.

Algo, con faz tranquila, he contemplado
más triste que en su féretro Julieta,
más horrible que el grito exasperado
con que Romeo á los infiernos reta;

He visto á una mujer, ídolo mío,
convertirse en blanqueada sepultura;
he visto en su interior, hueco y vacío,
de un pobre muerto la ceniza oscura;

¡Y era ese muerto nuestro amor, que un día
acariciamos con afán profundo!
Lo que se desplomaba y parecía
no era una vida, sino todo un mundo.

Aún joven, aún hermosa, aún más hermosa
(¡tal decían!) la vi después. Sus ojos
brillaban por igual, y aún fresca rosa
eran, al sonreír, sus labios rojos.

Y era aún dulce su voz, pero no aquella
que sonaba amorosa en mis oídos,
ni de sus ojos la triunfal centella
la que se hundió en mis ojos aturdidos.

Aquel recuerdo de la infiel amante
mi corazón llenaba todavía;
y ansioso contemplaba su semblante,
y la miraba, y no la conocía!

¡Y estaba allí! Sobre mi ardiente pecho
pude estrechar su corazón helado;
decirle pude aterrador: ¿qué has hecho,
qué has hecho, amante infiel, de tu pasado?

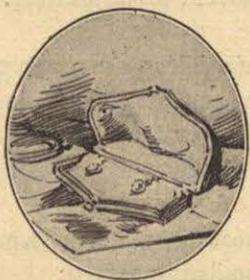
Mas no vi en ella mi ilusión querida.
Eran su voz, sus ojos y su frente,
que le robó mujer desconocida...
Y la dejé pasar indiferente.

Torcedor de amarguísima crudeza
fué aquel adiós de un sér inanimado;
pero no importa, no. ¡Naturaleza!
¡Madre común! ¡No lloro, pues he amado!

Hiera el rayo fatal mi sien erguida;
nadie podrá arrancarme esta memoria.
Correré las borrascas de mi vida
asido á este recuerdo, que es mi gloria.

Saber no quiero si el vergel florece,
ni el fin pregunto de la especie humana;
no averiguo si el sol que hoy resplandece
también radiante brillará mañana.

Pienso no más: aquí, y á esta hora misma,
amé y fui amado con igual anhelo,
y esta idea en mi espíritu se abisma,
y allí la guardo, por llevarla al cielo.



A NINÓN

Si el amor que arde en las entrañas mías
dijérate, afrontando tus enojos,
¿quién sabe lo que tú responderías,
gentil morena de cerúleos ojos?

Comprendes que el amor es un tormento,
deploras sus quimeras;
mas ¡ay!, al conocer mi pensamiento
enojada quizás me reprendieras.

Si te dijera que en silencio mudo
el torcedor agudo
sufro, ha dos meses, de inquietud impía,
tú, que quizás discreta
adivinaste mi ansiedad secreta,
puede que contestases: «Lo sabía.»

Si te dijera que locura grata
tras de ti me arrebató
y encadena á tus pasos mi deseo,
tú sabes—¡inocente coqueteo!—
que una sombra de duda y de tristeza
realza tu belleza,
y quizás replicases: «¡No lo creo!»

Si te dijese yo que bien guardada
llevo en el alma mía cada noche
tu plática feliz de la velada,
tú sabes que en relámpagos convierte
tus ojos el reproche,
y airada acaso me vedaras verte.

Si te dijese que en fatal desvelo
paso las noches con ansioso anhelo
y llorando los días,
tú sabes que, al reir, la mariposa
toma tus labios por abierta rosa,
y acaso reirías.

Mas no te lo diré. Vendré constante,
me sentaré á tu hogar, oiré tu acento,
contemplaré dichoso tu semblante,
respiraré tu aliento.

Adivinar podrás mi pensamiento;
pero razón de agravios
no les daré á tus ojos ni á tus labios.

En jardín de fantásticos amores
cojo en secreto misteriosas flores;
oigo á tu lado el armonioso clave
cuando despierta su sonoro timbre
tu mano blanca y suave;
y cuando el raudó vals se arremolina,
se cimbreá en mis brazos, cual un mimbre,
tu cintura divina.

Luego, de ti sin murmurar me aparto;
enciérrome en mi cuarto
con mil recuerdos en la mente inquieta;
y por gozar mi gloria,
abro, como el avaro su gabela,
mi corazón, que llena tu memoria.

Amo, y sé contestarte indiferente;
amo, y sólo lo sabe el alma mía;
mi secreto me halaga dulcemente,
y su penar mi corazón ansia.
He jurado, y cien veces juraría,
amar sin esperanza á mi deseo;
pero no sin ventura, pues te veo!

No nací, no, para el celeste goce
de vivir á tu lado
y morir á tus pies enamorado.
En mi mismo tormento se conoce.
Mas, si las ansias mías
dijérate, afrontando tus enojos,
¿quién sabe lo que tú responderías,
gentil morena de cerúleos ojos?

RECUERDO DE LOS ALPES

Fatigado y sudoroso
y vencido por el tedio,
la abrasadora llanura
atravesaba el viajero;
nubes de dorado polvo
alzaba á sus pies el viento.
Junto á una pobre hostería,
en lugar casi desierto,
deslizábase un arroyo
bajo un puente tosco y viejo,

dando á sus floridos márgenes
acariciadores besos.
Saltaban de rama en rama
dos pajarillos parteros,
y mandando el uno al otro
sus alternados gorjeos,
de amor y melancolía
formaban suave concierto.

Mientras indócil un mulo,
bajo un emparrado fresco,

la tierra á sus pies hería
con golpes duros y secos,
al desmoronado puente
subió el caminante inquieto,
con el corazón henchido

de un triste y dulce misterio.
Silencioso se detuvo,
inclinó la frente al suelo,
y el sol enjugó las lágrimas
que por su rostro corrieron.

«¡Oh fortuna cruel, mudable y ciega,
del desgraciado amor tenaz tormento!
Borra de mi memoria aquellos ojos
que siempre triunfadores estoy viendo.

¿Por qué los vi resplandecer un día
tan hermosos, tan puros, tan serenos?
No quieres que los mire y los adore,
¡y no me dejas olvidarme de ellos!»

Cuando el sol limpia la atmósfera
de nubarrones siniestros,
cuando se despeja el alma
de angustias y sufrimientos,
la mirada dirigimos,
aún suplicantes, al cielo.
Así la cerviz levanta
el anhelante viajero,
y ve los Alpes erguidos
en su reposo perpetuo.
Delante de él, el Mont-Rose
alza el cabezón tremendo,
donde el azul y la nieve
forman caprichosos juegos.
Si alguna vez, blanca Diana,
bajas á este mundo nuestro,
encontrará en esas cumbres
escabel tu pie ligero.
Los cazadores de corzos
deben saber algo de esto,
los cazadores de corzos,
que, desdeñosos del riesgo,
cruzan, al rayar la aurora,
los verdes prados, é intrépidos
suben, escopeta en mano,
por los agrios vericuetos.

Mientras á Milán abrasa
el sol con rayos de fuego,
y arrastra por la alta esfera

su glorioso aburrimiento,
ahito de sus fulgores
siempre brillantes y espléndidos,
aquí surge la montaña
cual rápido cambio escénico:
allá arriba, la avalancha;
abajo, el derrumbadero.
No te alarmes, y cabalga
bien prevenido y dispuesto,
pues si el mulo da un mal paso,
y ruedas tú por los suelos,
serás sujeto de risa
para algún corzo malévoló,
á quien sirve de atalaya
la agria cúspide de un cerro.

A través de la montaña
corre un torrente, ahora seco;
toma el caminante adusto
aquella vereda, y luego
vuelve el rostro. La llanura
dilatada, los risueños
campos, las praderas, todo
desapareció. El espectro
pálido, niveo, con tintas
rosadas, del ventisquero,
detrás de él álzase enorme.
Sobre los bosques siniestros
un águila negra vuela,
y con ariscos recelos,

—«¿Quién penetra, les pregunta,
en mi selvático imperio?»

Byron, de altiva tristeza
empapado el pensamiento,
dijo, al cruzar estos montes:

—«Cuando miro los abetos
con su lúgubre talante
de árboles de cementerio,
pienso ver á mis amigos
graves, rígidos y tétricos.»
Pero esos pinos, ¡oh Byron!
que hiera el rayo, son bellos

formando espesura lóbrega
en este augusto desierto;
y cuando sus ramas secas
bajo tus plantas crujieron,
entendiste el misterioso
idioma de su silencio.
Sabes tanto cual nosotros,
ó quizás más, esos viejos
venerables, que cautivos
de las rocas, en el seno
de la madre común, duermen
tranquilo y solemne sueño.

A PEPA

De noche, cuando en la muda
alcoba te dice adiós
tu madre, y medio desnuda
te inclinas, Pepa, sin duda
para encomendarte á Dios;

En esas horas benditas
que el triste apetece y ama,
cuando, sin duelos ni cuitas,
la papalina te quitas
y miras bajo la cama;

Cuando el sueño halagador
te envuelve en sus sombras densas,
y todo calla alrededor,
dime, Pepita, ¿en qué piensas?
dime, ¿en qué piensas, mi amor?

En la sublime heroína
de un drama, probablemente;
en la ilusión peregrina
que la esperanza adivina
y la experiencia desmiente;

Acaso en un relamido
galán atento y rendido;
quizá en pueriles visiones
de juguetes y bombones;
tal vez en un buen marido.

¿En qué piensas, niña? Di.
¿En tu ilusión adorada?
¿En el traje que hoy te vi?
¡Ah! ¡Quizás piensas en mí!
¡Quizás no piensas en nada!



JOSÉ AUTRAN

Á UNA CRIADA ANTIGUA

Estás bien; no te vayas, no te muevas;
no te levantes del humilde asiento;
la labor sigue que entre manos llevas
junto al velón humoso y vacilento.

Bañan mis ojos lágrimas al verte,
mudo el labio, el espíritu en reposo,
la rueca hilar, contenta con tu suerte,
en este hogar tranquilo y silencioso.

Las obscuras virtudes que atesoras,
modesta abnegación, bondad sencilla,
dan á tus mustias sienas pensadoras
la vaga majestad que en ellas brilla.

Rugó el tiempo tu frente, y tu mirada
luce sin alegrías ni reproches,
como la triste lámpara velada
que enciendes para mí todas las noches.

Al compás del reloj, que los instantes
cuenta, de la escalera en el rellano,
vienes y vas con pasos vacilantes
repitiendo tu esfuerzo cotidiano.

El trabajo es en ti santa costumbre;
nunca esperas que el alba te despierte;
tu alma dócil, la dura servidumbre
en ministerio del amor convierte.